



Parábola del Buen Samaritano

(San Lucas 10: 25-37)

Se levantó un doctor de la Ley, y dijo para ponerle a prueba: «Maestro, ¿que he de hacer para tener en herencia vida eterna?» *Es bastante frecuente que el hombre intente poner a prueba a Dios. ¡Qué atrevimiento tan horrible! Qué falta de fe! En cuántas ocasiones también nosotros hemos hecho algo parecido y le hemos preguntado a Dios: ¿Y por qué a mí? ¿Qué mal he hecho yo para que me castigues así?*

Él le dijo: «¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo la lees?» Respondió: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas.»

Díjole entonces: «Bien has respondido. Haz eso y vivirás.» Este mandato también nos afecta. El catecismo nos enseña que la Ley y el Evangelio se refieren a los aspectos de los mandamientos, uno de ellos es el amor a Dios y al

pero él queriendo justificarse dijo a Jesús: «Y ¿quiénes son mis prójimos?» Él le dijo: «Unos viajeros se dirigían de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de salteadores, que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto. Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verlo, dijo un resaca. De Jerusalén, un levita que pasaba por aquel camino, al verlo, dijo un resaca. Con qué ayuda, ¿sabes por qué no pudo ayudarlos?»

Jesús respondió: «Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de salteadores, que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto. Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verlo, dijo un resaca. De Jerusalén, un levita que pasaba por aquel camino, al verlo, dijo un resaca. Con qué ayuda, ¿sabes por qué no pudo ayudarlos?»

Por un samaritano, el hombre que se había caído, y al verlo, se compadeció, y echándose a andar, se cuidó de él, y cuando hubo terminado su camino, lo llevó a un posadero y le dio el dinero para que se cuidara de él. ¿Sabes por qué no pudo ayudarlos?»

Él dijo: «El que practicó la misericordia con él.» Díjole Jesús: «Vete y haz tú lo mismo.» *No olvidemos que si no cumplimos el segundo mandamiento tampoco cumplimos el primero. Amar a Dios sobre todas las cosas nos lleva automáticamente a tener un corazón misericordioso con los necesitados. No se conoce ningún santo que no haya tenido piedad de los que sufren y haya dado su vida por aliviar sus sufrimientos.*